

**EL CAMINO DE LA
ORACIÓN CONTEMPLATIVA**

*“Señor, en ti está la fuente viva,
y tu luz nos hace ver la Luz”*

H. PEDRO PABLO SILVA OSB

*El Médano — Santa María de los Ángeles,
28 de enero, año del Señor 2002,*

Fiesta de Santo Tomás de Aquino.

Antes de comenzar, es necesario decir algunas palabras aclaratorias: El fin propio de toda vida cristiana, cual es la unión con Dios por la caridad, no se alcanza si el sujeto en cuestión, cada uno de nosotros, no ha pasado por la conversión de la mente a la verdad, de la cual hemos hablado en la mañana; si no hay una fe ortodoxa, es decir, libre de toda contaminación doctrinal; si no hay una vida moral que traduzca esta fe en actos —al menos en la intención, ya que siempre somos pecadores, y, por tanto, inconsecuentes—, si no recibimos el don y la gracia de Dios especialmente a través de la Sagrada Liturgia, donde se actualiza el Misterio Pascual, el centro de nuestra fe cristiana. Estos elementos importantísimos se presuponen en esta Conferencia; no me detengo ahora en ellos para ir directamente al tema que nos ocupa.

* * *

«Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados»¹.

* * *

El propósito de esta Conferencia es transmitirles algunos pensamientos nacidos en la soledad, en la oración, muchos de los cuales los he recibido de hombres de Dios, también recogidos de mis lecturas, y otros que «me los han contado» mis amigos los santos —que están vivos junto a nosotros por el misterio de la comunión de los santos. Junto a todo esto, traigo unas pocas citas de los Padres de la Iglesia, de los grandes monjes de la antigüedad y de algunos otros autores, de manera que Uds. puedan escucharlos y descubrir en sí mismos lo que ellos han dado al patrimonio espiritual de la Iglesia. Por lo dicho, ya se dan cuenta que estas palabras tienen el carácter de algo íntimo, personal —«cor ad cor loquitur», dice Santa Teresita—, que quiere ser transmitido a personas cercanas y en las cuales confío que las guardarán, meditándolas en su corazón, sin publicarlas, como un don personal que hago a cada uno de Uds.

* * *

Es sorprendente que precisamente en la oración, algunas veces quedamos en silencio, sin palabras mentales, con el corazón pacificado o también tomados como desde dentro por la gracia divina, y ahora que todo eso haya que revestirlo de una cierta materialidad para proferirlo y transmitirlo hecho palabra humana..., es misterioso. De una manera parecida o análoga, Dios que es espíritu, al mediar la noche su carrera, cuando el silencio lo envolvía todo, ha asumido carne humana; y el Verbo encarnado nos ha transmitido la Revelación divina a través de hechos y de palabras, con cierto grado de materialidad. De este silencio interior de nuestro corazón, fecundado por la gracia y purificado por las pruebas, brota, mana, nuestra oración como una fuente viva que salta hasta la vida eterna.

Dice aquel gran Padre de la Iglesia de Oriente que fue San Juan Crisóstomo:

«Yo entiendo por oración no sólo la que está en la boca, sino la que surge del fondo del corazón. En efecto, así como los árboles con raíces profundas no temen a las tempestades (...), igualmente las oraciones que surgen del interior del corazón, y que están arraigadas allí, se elevan hacia el

¹ Rom 8, 14-17

cielo con total seguridad, y no son desviadas por el asalto de ningún pensamiento. Por eso dice el salmo: "Desde lo hondo a ti grito, Señor"».²

Al regresar de la Cartuja, el P. Sergio Ortega me llevó a Antuco en unos días inolvidables. Y fuimos en una ocasión a la laguna del Laja. A diferencia de otras lagunas o lagos —conozco muy bien la del Maule—, la laguna del Laja no tiene un río en su desagüe. Cientos de mts. más abajo, brotan unas fuentes cristalinas y transparentes desde donde surge mucha agua, que se transforma en el río Laja. Nunca voy a olvidar cómo en esa ocasión, mirando como el agua nacía desde el fondo, desde mi interior vinieron a mi conciencia aquellas palabras maravillosas de San Juan de la Cruz cuando dice:

«¡Oh cristalina fuente,
si en tus semblantes plateados,
formases de repente,
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados»³.

El sentido de estas palabras es el mismo de aquellas otras que solía meditar con frecuencia en la Cartuja:

Sea, pues, el alma del monje, en la soledad, como un lago tranquilo,
cuyas aguas brotan de la fuente más pura del espíritu;
ningún ruido venido del exterior las agita,
y reflejan, como en un espejo nítido,
la sola imagen de Cristo»⁴.

* * *

En nuestra vocación de monjes o monjas contemplativos está inscrito un llamado al desierto. Todo Monasterio es, en cierto sentido un desierto, aunque su orientación no sea propiamente eremítica. El desierto, en sentido espiritual, es la carencia de cosas, es pobreza, despojamiento interior, para que el corazón humano nuestro encuentre la libertad necesaria para unirse, por gracia, al Esposo. Para que no le oponga resistencia al don del Espíritu de Amor.

«El alma se despoja y se pone desnuda ante Dios, renunciando a toda posesión. Ella se entrega libremente a Aquél que ama. Ella ha hecho el desierto en ella y alrededor de ella.; *ella está sola de cara al Solo*. Ella "se aniquila" a fin de ser colmada por Dios: "Que tu llegues a ser siempre más nada, a fin de que el Amor crezca siempre más en ti". **Ser nada sobre todo en la oración**, es ser mucho, es ser todo, porque el Amor entonces es todo aquello que quiere ser en nosotros. El desierto material, desierto de montañas, de bosques y de soledades, ayuda al alma a simplificarse y a entrar en el desierto espiritual donde no hay más que Dios. El monje sigue a Cristo al desierto (...), un desierto profundo que es un santuario donde los ruidos de fuera no son más perceptibles...santificados, decantados y ya como envueltos de paz. Así el alma marcha en el desierto, con el corazón despojado de las afecciones primeras, la mirada separada de todo, para entregarse más libremente hacia el único objetivo (...) que el corazón sabe infinitamente próximo»⁵.

Dios nos ha llamado a este desierto para hablarnos, para decirnos una palabra suya al

² *Sobre la incomprendibilidad de Dios*, 5º discurso (PG 48, 746).

³ *Cántico espiritual B*, 12.

⁴ Basilius Ancyranus, *De virginitate*, PG 30, 765.

⁵ Dom Guy. M. Oury osb, *La tradition cartusienne*.

corazón, decirnos su única Palabra que es el Verbo, de manera que nuestro corazón sea *transformado* en un altar viviente, desde el cual se eleve sin cesar hacia Él una oración pura, que impregne todas nuestras acciones.

«El retiro en la soledad, libra al hombre de tentaciones ocasionadas por la presencia de objetos que excitan sus malas tendencias. Mas librando al monje de innumerables sollicitaciones que, en la vida corriente, lo tiran sin cesar fuera de sí mismo, la soledad lo compromete en un nuevo combate, *el más áspero de todos*. Ella le permite, en efecto, volverse atento a los diversos movimientos que se agitan en su corazón, y entonces se manifiestan bajo forma de sugestiones malas todas las tendencias desarregladas (sic) que él portaba en sí sin tener conciencia. Por eso el desierto no será solamente el lugar del reencuentro con Dios, sino también el de un combate invisible incesante, sin el cual no se podría tener acceso a la Tierra prometida»⁶. De aquí que Placide Deseille llame a la celda o al Monasterio «La fournaise de Babylonia»⁷, y así titula un libro suyo.

San Efrén el sirio dice hablando de las montañas, que son una suerte de desierto:

«La montaña es mejor que la ciudad para quien conoce el misterio de la gracia. Sobre las cumbres, el gamo no cae en las manos de los esquiladores. ¡Huye de los lugares habitados, hombre de la montaña!»⁸

* * *

Aunque es necesario ocuparse de muchas cosas en un Monasterio, no basta con perseverar honorablemente hasta la muerte. Es necesario un espíritu vivificante de oración.

«Si ambicionas la oración, renuncia a todo para obtener(lo) Todo», dice Evagrio Póntico⁹.

Si la vida de unión íntima con el Esposo llegase a faltar, la fidelidad en la observancia y la regularidad en los actos comunitarios no sirven de nada; son como un cuerpo sin alma.

Dice el Pseudo – Macario, un monje de la segunda mitad del siglo IV:

«Algunos que están equivocados sostienen que el hombre está irremediabilmente muerto y que no puede realizar nada bueno. Pero eso no es cierto. Un bebé es incapaz de acudir a los brazos de su madre con sus propias piernas, pero sí puede gatear, gritar, llorar y llamarla. Ella se enternece y conmueve viendo que su hijo la busca con tanta impaciencia y lágrimas. Él no puede acercarse, pero la llama incansablemente, y ella, loca de amor, corre hacia él, lo abraza, lo estrecha contra su corazón y le da de comer, con una ternura inefable.

Dios que nos ama, se conduce como una madre con quien lo busca y llama. En el impulso de este amor infinito, que es el suyo (...), se agarra a nuestro espíritu, se une a él y se «convierte en un solo espíritu» con él, como dice el Apóstol (1 Cor 6, 17). El alma se une a su Señor, y el Señor, lleno de compasión y de amor se une a ella, que permanece en su gracia. Entonces el alma y el Señor forman un solo espíritu, una sola vida y un solo corazón»¹⁰. Como cuando se unen dos velas encendidas fusionándose en una sola llama, sin dejar de ser diferentes.

* * *

⁶ Deseille, Placide.

⁷ *El horno de Babilonia*, donde los tres jóvenes pasaron la prueba de fuego y salieron ilesos..., y nuevos.

⁸ *Sermón sobre los monjes*, 3.

⁹ *De oratione* 33.

¹⁰ *Homilía* 47.

Es necesario, por tanto, comenzar un camino de oración contemplativo y avanzar por él, todo lo cual es don de Dios, y un don propio de poquísimas personas. Entre los cristianos, entre los llamados, son muy pocos los que rezan, y entre los que rezan, poquísimos quienes perseveran en una oración suficiente como para un avance continuo en la vida espiritual. Lo dice con otras palabras Mons. Medina en el Retiro que le predicó al Santo Padre, como supongo que Uds. recordarán. Porque el camino de la oración es tremendo. Hay innumerables pruebas, es muy difícil en los comienzos, y es grande la tentación de echarse atrás, quedando con una especie de mínimo aceptable, un «equilibrio» sin ir más adelante¹¹. Pero si el camino de la oración es difícil, mucho más lo es el camino espiritual de los que la abandonan; la persona que va por este segundo camino está expuesta a muchas más trampas del demonio, y, a la larga es profundamente frustrante. La plenitud del hombre está en la santidad, en la entrega total, en el darse todo a Dios. Su tristeza en no alcanzar la plenitud de esta santidad. Y para ser santos hay que rezar. Es necesario orar mucho, y perseverar en las pruebas, con la ayuda de la gracia.

* * *

La oración, por otra parte, es una especie de termómetro de muchas cosas. Es imposible perseverar en la oración cuando uno está bajo la inclinación interior de un mal espíritu, o vive en algún grado considerable de soberbia. Dicho al revés: el soberbio no soporta la oración, porque no soporta su conciencia ni la falta de paz que hay en su corazón; por eso se refugia en el ruido o la música, en las obras, o se hunde en la pereza. Y no reza.

* * *

La iniciación en el camino de oración contemplativa es tarea de los Padres o Madres Maestros. Ellos están encargados de inculcar este espíritu de oración y de desarrollarlo con discernimiento, de manera que tanto los postulantes como los novicios y los profesos crezcan de día en día en la intimidad divina y alcancen el fin de su vocación. La formación de todo consagrado, en sus primeras y en todas sus fases, debe apuntar a «sumergir» a los monjes y monjas en una relación viva y sólida con Dios por el amor.

Porque si el camino de la oración contemplativa es difícil, los frutos que ella da son incomparablemente más maravillosos. El ciento por uno del Evangelio.

* * *

Santa Teresa nos dice que la oración es cosa de amor. Dependiendo del «método» que se siga para la oración —a la cual nunca debe faltarle una orientación marcadamente cristológica—, el entendimiento del hombre juega su papel en ella, según la etapa en que se encuentre la persona, pero está al servicio del amor. Si en el proceso de purificación sensitiva – afectiva, cada uno debe andar con un cuidado vigilante de los apegos de su corazón —para dónde se me va el corazón, y cuando se me va a alguna parte, hay que traerlo a donde debe estar—, en

¹¹ A mí siempre me llama la atención este término muy utilizado en el lenguaje actual: «equilibrio». Sirve muchísimas veces para justificar acomodaciones o términos medios donde no cabe otra posibilidad que avanzar o retroceder. Son aquellos casos a los que se refiere Nuestro Señor cuando dice: «Vuestro lenguaje sea sí, sí, o no, no; todo lo que pasa de aquí viene del Demonio». Es un término, como muchos otros, perfectamente lícito, pero hay que andarse con cuidado con él —como con tantos otros.

la oración no hay que tener ningún miedo de «derramarlo» enteramente en el Esposo. No sólo no tener miedo, hay que animarlo, estimularlo, ayudarlo. La oración es ante todo —hay que saberlo—, negocio de amor, de mucho amor, sin medida, sin temor, sin equilibrio alguno, en esto no hay peligro; nadie se va a pasar de la medida en amar a Jesucristo, porque la medida es amarlo sin medida; en esto está todo nuestro gozo, plenitud que con los años se va tornando frutiva, si así Dios lo quiere, en un estado de amor y paz interior permanente.

* * *

En este aprendizaje de la oración contemplativa, no hay que olvidar que si nosotros buscamos a Dios es porque él nos busca primero. Lo dice hermosamente San Bernardo, cuando siendo novicio se preguntaba: «Bernardus quid vinisti»: Bernardo a qué viniste (al Monasterio). Y se respondía: «A dar alcance al que ya me ha alcanzado». Por tanto, esta búsqueda no nace, no viene de nosotros; viene de Dios *en y con* nosotros. *El Espíritu* —de quien nace esta «dinámica»— *es el que se une a nuestro espíritu* para hacernos penetrar en la comunión intratrinitaria, para que participemos del don divinizante, por la gracia divina.

* * *

Los antiguos monjes decían, siguiendo aquello que el Señor nos ha revelado en el Evangelio, que nosotros tenemos una fuente, un manantial, que está llamado a manar agua pura que salta hasta la vida eterna —vuelvo a esta imagen muy querida por mí. Lo que impide que ésta brote y mane son nuestros pecados, nuestras malas pasiones, que han cristalizado una especie de corteza o más bien, como si fuese una roca, que tapa el manantial. Cuando las purificaciones pasivas nos han ido liberando de este peso, el agua límpida y pura comienza a brotar por sí misma.

En Polpaico vi salir agua de un pozo profundo. Era un agua tan pura, tan hermosa, tan casta...; ha convertido todos aquellos lugares desérticos y áridos en fértiles praderas de alfalfa, en preciosas alamedas, en huertos frutales espléndidos. Algo parecido vi en la siembra de un gran potrero de remolacha que hicimos con mi papá. Estaba todo bajo tierra: la semilla y el abono, sin embrago el suelo se veía árido, como un desierto. Vino la lluvia y todo aquello reverdeció maravillosamente en cosa de poco más de 8 días.

Santa Teresa pone comparaciones tomadas de la vida común y fáciles de entender, como cuando dice que ya no hay que sacar agua del pozo, porque llueve —luego, es sin esfuerzo. La oración sale y brota sola, en todo tiempo, aun cuando durmamos; es la llamada oración continua. En este estado estamos siempre unidos a Dios en medio de nuestras actividades y encuentros fraternos de cada día. Esto ya suele ocurrir más habitualmente en un cierto grado de la etapa iluminativa de la vida espiritual. Entonces el «admirable intercambio» de amor se va enriqueciendo sin cesar: nuestra vida va tomando una sola dirección, una orientación, una razón: Dios.

De aquí la importancia en saber que la oración más verdadera no es la que hacemos nosotros por medio de actos —que pueden ser útiles en los comienzos; es un don que *nace de Dios y provoca nuestro asentimiento* desde dentro alcanzando una unión que es comunión de amor. Así como entre esposo y esposa. Es el amor de amistad del que habla Santo Tomás siguiendo a San Juan. Es lo que dice San Benito en la Santa Regla: «El que quiera orar, entre en el Oratorio y rece con lágrimas y compunción de corazón»¹².

¹² Cito de memoria.

* * *

En la cartuja se dice a propósito de la *Iniciación de los novicios a la oración* algo que es válido, a mí parecer, para todo cristiano que aspira a la santidad:

«La primera condición para ser Padre Maestro de novicios, es *de estar íntimamente convencido de este verdadero primado de la oración*. Convicción que se manifiesta por el hecho de que el Padre Maestro es él mismo un hombre de oración».

Es fundamental que aquellos que están llamados por la Iglesia para ejercer la Paternidad espiritual, o la dirección espiritual, o bien, para la formación de la vida espiritual, estén convencidos del primado de la oración y sean hombres de oración. ¿Cómo dar lo que no se tiene?

* * *

En la vida de los Padres del desierto, la formación de los aspirantes no era a través de clases. Evidente. El aprendizaje era la vida misma, en la cual se daba un proceso que se llama en griego «parádoxis», que significa «transmisión». Esto es, *transmisión de vida*. En la Orden cartujana se usa el mismo método. El P. Maestro va a ver al novicio a su celda —y no al revés—, y habla con él una vez por semana, por ejemplo una tarde, sin prisa. Se va hablando de todo lo que va apareciendo espontáneamente, o de lo que ha surgido desde el encuentro anterior. Se habla de la oración en sí misma, y de la oración del novicio, sus lecturas, su salud, etc. En todo eso va operando en forma invisible, pero muy eficaz la «parádoxis». La vida se transmite, y con ella el pensamiento humano, que es *vida en altísimo grado*. Por eso, *con la vida se transmite el pensamiento* —se transmite la metafísica, la teodicea, la ética, la política; la teología fundamental, espiritual, la cristología, la Trinidad, etc—, en definitiva, la misma fe. Un padre espiritual engendra a un hijo. Esto es tan real y tal vez más que la paternidad natural. Yo lo veo en Las Condes: las expresiones, la manera de pensar, de reaccionar, hasta la letra de los hijos de tal padre se parecen a él. Y también lo veo en mí mismo. Esto también pasa con la oración: va unida a la paternidad espiritual. Por eso San Juan de la Cruz pone tanto reparo en elegir un buen padre espiritual: porque de tal padre será el hijo. Y es así. Este tema de la paternidad va conexo con otro, que es el de la predestinación. Aclaro que entiendo la predestinación muy simplemente como la Providencia amorosa de Dios para cada uno. La paternidad y la filiación espiritual están inscritas en el misterio de la predestinación. No buscamos nosotros a nuestro padre espiritual, así como no escogemos nuestra vocación. Viene de Dios; lo descubrimos en Él, y con su gracia seguimos sus enseñanzas y vivimos de la vida que nos transmite..

* * *

Los jóvenes que llegan a nuestros Monasterios algunas veces suelen tener ya una experiencia de oración. Hay que respetarla, animarla, corregirla. Y con el tiempo y la gracia, se hace lo demás: la parádoxis de la que vengo hablando.

Ni que decir en todo este proceso maravilloso de la transmisión de vida el papel que tiene la escucha. ¡Qué importante es saber escuchar haciendo silencio en nuestro interior! Es la primera palabra de la Regla de San Benito, y la resume entera. ¡¡Ausculta!! Y, desde luego, el apoyo que significa la oración del propio padre espiritual en el camino de su hijo.

* * *

La oración es un camino que es vida; y como todo camino evoluciona. Y la oración avanza, conjuntamente con toda la vida espiritual, especialmente a través de actos más intensos. Y estos actos más intensos vienen en el momento de las pruebas. Por tanto, cuando vienen las pruebas, es el momento de la gracia.

Dice Isaac el Sirio:

«Cuando nos veamos cubiertos de tinieblas, sobre todo si no somos nosotros la causa, no temblemos. Considera que estas tinieblas que te cubren te las ha enviado la Providencia de Dios por razones que Él sólo conoce, pues nuestra alma, a veces, se ahoga y es engullida por las olas. Entonces, aunque nos dediquemos a la lectura de las Escrituras o a la oración, hagamos lo que hagamos nos encerramos cada vez más en las tinieblas(...) Son unos momentos llenos de desesperación y de temor, porque la esperanza en Dios y el consuelo de la fe han abandonado totalmente al alma, que está llena de angustias y de dudas.

Aquellos a quienes la confusión ha puesto a prueba, en un momento determinado, sabrán que al final se producirá un cambio. Dios no abandona jamás al alma en este estado, pues eso destruiría la esperanza (...) sino que le permite salir rápidamente de esta situación.

Bienaventurado el que soporte estas tentaciones (...), pues, según dicen los padres, las moradas y el poder a los que llegará después serán grandes. Sin embargo, esto no tiene lugar en una hora ni nada más terminar el combate, pues la gracia no viene y habita en el alma de una sola vez, ni totalmente, sino poco a poco. Después de la gracia viene la prueba. Hay un tiempo para la prueba. Y hay un tiempo para el consuelo»¹³.

Las pruebas son un gran don de Dios. Casi me atrevería a decir, mientras más pruebas, mejor. Lo que no nos faculta a deseárselas o pedir las. Dios sabe lo que nos conviene a cada cual, y nuestra perfección está en aceptar con amor y humilde sumisión Su voluntad. Le preguntaba tiempo atrás a un Maestro de novicios cómo iba tal vocación. Me respondió que acababa de salir de una gran prueba. Me alegré mucho, porque si todo anduviese bien, cómo esa persona va a crecer en su vida espiritual. Por cierto que hay pruebas y pruebas, hay que saber distinguirlas.

Entonces el camino de la oración tiene pruebas que van jalonando etapas. Es la obra del Espíritu Santo en nosotros. Estas mismas pruebas nos van llevando a la *pasividad en la oración*. Una pasividad cada vez mayor, es decir, si en los comienzos —o cuando sea— necesitamos un cierto esfuerzo de concentración para fijar la mirada interior y el corazón en Dios, más adelante sucede lo contrario. El Espíritu Santo, cuando así lo dispone, toma nuestras facultades, a veces el entendimiento, a veces la voluntad, a veces ambas, y la une a Dios, a veces más fuertemente, a veces menos. Lo que nosotros podemos en algunos casos es impedir la unión, dificultar esta acción divina, cuando todavía no es muy fuerte —que entonces no hay nada que hacer—, o bien entregarnos. Cuando empiezan a ocurrir estas cosas, se requiere discernimiento, ayuda del Padre espiritual y paz. Ya en los comienzos de la oración nos puede suceder algo así, pero con más frecuencia —según lo que Dios quiera, que aquí no hay regla— más adelante.

Hay que cuidar de no engolosinarse con la fruición que nos pueda venir en la oración. Si Dios la da, está bien, si no, no importa nada. Y cuando la da, hay que dejarla atrás, no quedándose en ella. A la oración vamos a buscarlo a Él, no los efectos de la unión. Lo que sí importa es

¹³ *Tratados ascéticos* 57.

que cuando el Señor nos regala algún tipo de oración más intensa, más elevada, digo cuando viene de Él, los efectos son notables. Toda nuestra vida espiritual debe estar constantemente sujeta a discernimiento. Y en primer lugar nuestra oración. Por eso, hay que ver los efectos. Los efectos del buen espíritu son los que enumera San Pablo ¹⁴, y que se pueden resumir, entre otros, en el conocimiento de la propia miseria, de nuestro pecado; el conocimiento de la grandeza de Dios y de su amor, quedando a la luz el abismo que nos separa, y como un abismo llama al otro abismo¹⁵; el crecimiento en las virtudes, sobre todo de la caridad, y el perdón de las ofensas.

* * *

Para terminar, querría decir algunas cosas sobre la gracia de la unión del alma con Dios en la oración contemplativa: a lo largo de la historia de la Iglesia, cuando los santos han querido transmitirnos su experiencia de unión con Dios han recurrido al libro del Cantar de los cantares. Es un libro bien misterioso, porque es el único de la Sagrada Escritura donde no se habla de Dios en ninguna parte. Ya podrán Uds. revisarlo si no me dan crédito. Cuando estudiaba S. E. en Lo Vasquez, escogí el libro del Cantar para un trabajo que se nos pidió, y me encontré con la gran sorpresa de que es el libro de la Biblia sobre el cual más se ha escrito en la historia de la Iglesia, incluso más que los Evangelios —según afirmaba el autor que ocupé, que creo era del tipo de EUNSA o algo así. Lo que importa destacar ahora es que es un libro único, maravilloso, y lo que describe es un poema de amor entre un hombre y una mujer. Porque cuando las palabras se quedan tan cortas para expresar realidades tan sublimes, la poesía es un recurso maravilloso para expresar lo que es el misterio. Es el lenguaje empleado por los santos. Digo que el Cantar es un poema de amor entre dos enamorados. Esto quiere decir que el amor entre Cristo y su esposo u esposa, nosotros, se sitúa en esta línea precisa, la de un amor esponsal.

Empieza a hablar mi amado, y me dice: «¡Levántate, amada mía, hermosa mía, vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones es llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra. Echa la higuera sus yemas, y las viñas en cierne exhalan su fragancia. Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente! Paloma mía, en las grietas de la roca, en escarpados escondrijos, muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce, y gracioso tu semblante». Cazadnos las raposas, las pequeñas raposas que devastan las viñas, pues vuestras viñas están en flor. Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado: *él pastorea entre los lirios*.

A propósito de esto, antes de seguir quiero hacer un alcance, un paréntesis aclaratorio: sucede que el hombre y la mujer naturalmente encuentran el uno en el otro su complemento. Esto está puesto por Dios.

Don Antonio Amado me decía estos días algo que me dejó perplejo: que ya Aristóteles, varios siglos antes de Cristo, afirmó que el hombre era acto y la mujer potencia. Acto es plenitud en el participar una perfección, y potencia capacidad real de recibir una perfección. Y esto, ser acto y potencia, se da en ambos —agregaba— psicológicamente, fisiológicamente y espiritualmente. Esto es digno de ser meditado. Pensemos en la Anunciación de María. Y decía don Antonio, que siendo la mujer ordenada naturalmente en forma potencial, ha sido ella, María, la que ha engendrado al Verbo. ¡Qué grandeza la de la mujer en el plan de Dios! Por otra parte, todo

¹⁴ «En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» Gal 5, 22.

¹⁵ El abismo de mi miseria llama al de la misericordia divina.

hombre es potencia respecto del don de Dios. Luego comentábamos los textos que en este tiempo de Navidad – Epifanía nos trae la Liturgia sobre la Sagrada Familia, y como San José es el que toma las decisiones. Y me decía don Antonio que en el cielo, y ante la Santísima Virgen, San José sigue mandando hoy. A mí esto me causa alegría, porque lo encuentro profundamente coherente con el orden creado por Dios; además que es tan «antimachista» y tan «antifeminista» (a mí personalmente el feminismo, que ya está llegando en sus formas más explícitas a Chile con el tema de «la discriminación de la mujer», me causa «nausea espiritual»; es la cristalización maniquea del orgullo femenino transformado en ideología...) Pero hay otra cosa que agregar en esto de que manda en el cielo San José, y yo se la dije a don Antonio: que también es muy verdadero que en el matrimonio, en las decisiones que toma el hombre, muchas veces acaba «mandando» la mujer. Sale adelante su voluntad. Esto también está en la Escritura en muchos lugares. Se me viene a la mente ahora la escena de las Bodas de Caná. La voluntad de María prevalece sobre las palabras de Jesús. El que tenga oídos para oír, que oiga, y le rece a San José, y a la Virgen, y se postre ante Jesucristo el Señor. Amén, Aleluya.

Bueno, siguiendo con este tema, existe en el orden de la creación esta tendencia a la complementariedad. Entonces uno se pregunta a cierta edad de la vida, y qué pasa con los sacerdotes y con nosotros los consagrados que hemos renunciado a formar un hogar y una familia: pues que esta complementariedad que naturalmente el hombre encuentra en la mujer y viceversa, la encontramos en el Esposo, Jesucristo. Y es una complementariedad tan grande que es plenitud mayor que la que se da entre esposos ciertamente. Además, me gusta recordar que el matrimonio es una realidad humana finita, nuestro desposorio es infinito, escatológico, durará siempre. Por eso todos los problemas que se plantean hoy día cuestionando la guarda del celibato en Europa y en Chile, el problema del feminismo con la consiguiente pérdida de la femineidad de las mujeres (que ya no quieren tener más de dos hijos, ni preocuparse de educarlos para ellas «realizarse» en su trabajo, y se visten como hombres...)—, todos estos problemas que son bien gordos, son impensables desde esta concepción cristiana. Por tanto, *no hay lugar para monjes y monjas medio frustrados afectivamente en el plan que Jesucristo nos ha trazado al llamarnos a desposarnos con Él.* Bueno, dejo este paréntesis relacionado con el tema que nos ocupa y continúo la unión entre el alma y Cristo en la experiencia contemplativa.

Decíamos que el Cantar nos muestra la relación entre esposo y esposa, utilizada legítimamente por los autores espirituales para explicitar la unión del alma con Dios. Y cómo se da esta unión entre esposo y esposa. Lo sabemos todos: es una unión que se da por el amor.

«Nadie, a no ser un poco, ni en el cielo ni en la tierra se apropiará estas palabras del Unigénito: El Padre y yo somos uno. Pero aunque soy polvo y ceniza, fiándome de la autoridad de las Escrituras, no tengo el menor miedo en decir que soy un espíritu con Dios, mientras esté persuadido que vivo unido a Dios con la certeza de mi experiencia, como uno de aquellos que permanecen en el amor y por eso permanecen en Dios y Dios en ellos, comiendo en cierto modo a Dios y siendo comidos por Dios. Porque pienso que a esta unión se refieren aquellas palabras: Estar unido a Dios es ser un espíritu con él. En resumen, dice el Hijo: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Así pues, dice el Hijo: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, y somos uno. Y el hombre: Yo estoy en Dios y Dios está en mí, y somos un espíritu. Pero todo eso está de más en el amante. El amor se basta a sí mismo; cuando llega el amor transforma y cautiva todos los demás afectos. Por tanta, la que ama, ama y no sabe otra cosa. Y él merece el honor, el estupor y la admiración, pero desea más que lo amen. Son esposo y esposa. ¿Qué otra relación o unión puedes buscar entre los esposos que no sea el mutuo amor?»¹⁶.

¹⁶ *Sermón sobre el cantar de los cantares*, San Bernardo.

La voluntad profiere, saliendo de sí misma, el amor mediante el cual se une al amado. Amar es salir de sí mismo para descansar en el otro. Y en este amor ocurre lo más sublime. *Hay comunicación de vida. La vida de uno pasa al otro. La forma de pensar de uno se convierte en la del otro; el bien del uno es el bien del otro; la felicidad de uno es la felicidad del otro, etc.* Hay comunión y comunicación de vida. Y entre esposos, esta comunicación de vida no acaba en ellos mismos, da un fruto nuevo, es fecunda, engendra un nuevo ser, una nueva vida, la del hijo. Si esta realidad es tan maravillosa en el orden natural, mucho más lo es en el orden espiritual. Entre el alma y el Esposo Jesucristo se va afianzando cada vez más estrechamente una relación amorosa, sí, utilizo sin temor esa palabra. Y esta relación conduce a la unión de ambos: una unión de amor, en la cual el amado descansa en la amada y la amada en el amado. En este amarse, hay comunicación de vida. Esto es la gracia divina: participación de la vida intratrinitaria. Esto nos ocurre cada vez que recibimos a Jesús en la Eucaristía. Nos unimos a Él y Él nos da su vida. Hay comunicación de vida. Lo que sucede es que todo esto ocurre en la dimensión clara oscura de la fe. Pero la oración tiene la virtualidad de hacerla manifiesta —si Dios así lo quiere. Entonces hay *comunión y comunicación de vida*. Pero esta vez no es vida natural, no es amor humano; se trata de vida divina, de amor divino–humano. Por tanto, la unión esponsal por el amor nos introduce en el ámbito propio de la vida intratrinitaria. Cristo con su gracia nos hace participar de la vida misma que Él recibe de su Padre y que devuelve al Padre, mediante la cual ambos profieren al Espíritu Santo, llamado Don de amor o también Beso de Dios. Así, al llegar a este grado de unión, el alma es transformada en el amado, por esta comunicación de vida y de amor, es verdaderamente divinizada.

Con estas consideraciones mi discurso sobre la oración contemplativa «cambia de frecuencia». Ya he hablado suficiente, ahora dejemos lugar al silencio. Porque lo que he dicho ha querido ser una invitación al silencio y a la soledad del corazón, a caminar en una atmósfera de paz con el corazón dilatado por el amor del Esposo, a que cada uno de Uds. siga en su camino de oración, llenos de esperanza y alegría.

Termino con estas palabras entrañables de San Juan de la Cruz:

«¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!